



DESOLACIÓN URBANA Y DENIGRACIÓN SIMBÓLICA EN EL HIPERGUETTO¹

URBAN DESOLATION AND SYMBOLIC DENIGRATION IN THE HYPERGETTO

Loïc Wacquant

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

loic@berkeley.edu

Resumen

Este artículo utiliza la descripción etnográfica de un corredor devastado del ghetto negro de Chicago en el fin de siglo, como punto de partida para reflejar las relaciones entre el entorno construido, la estructura social y la psicología colectiva. Apunta a la necesidad de elaborar teórica y empíricamente las conexiones entre la desolación urbana y la denigración simbólica en vecindarios de relegación en la dualizante metrópolis de las sociedades avanzadas: cómo la experiencia cotidiana de deterioro material, aislamiento étnico y marginalidad socioeconómica se traducen en la corrosión del sí, el deterioro de los lazos interpersonales, y la torsión de la política pública a través de la mediación de la sulfurosa cognición atada a un espacio difamado.

Abstract

This article uses the ethnographic depiction of a devastated corridor of Chicago's collapsing black ghetto at century's close as springboard to reflect on the linkages between the built environment, social structure, and collective psychology. It points to the need to elaborate theoretically and empirically the connections between urban desolation and symbolic denigration in neighborhoods of relegation in the dualizing metropolis of the advanced societies: how the everyday experience of material disrepair, ethnoracial seclusion and socio-economic marginality translates into the corrosion of the self, the rasping of interpersonal ties, and the skewing of public policy through the mediation of sulfurous cognition fastened onto a defamed place.



Palabras clave: Pobreza urbana- psicología social- denigración simbólica- desmoralización- estigma territorial- sentido de inferioridad- relegación
Keywords: urban poverty- social psychology- symbolic denigration- demoralization- territorial stigma- sense of inferiority- relegation



Curtis insiste en llevarme a la iglesia de su barrio para hacerle una visita a su pastor. Mientras nos instalamos en su cuatrimotor, inserta una cinta de la banda de rap *No More Colors* a todo volumen y el sonido distorsionado inunda la cabina con su frenético y vibrante ritmo. “Es mi canción favorita, porque es *positiva*, les dice a los chicos que ya es suficiente de matar y drogas y disparos y cosas así, no lo hagan porque somos todos negros, ¡estamos todos en la misma banda!” –la canción inspira en su estribillo estentóreo. Irritado golpea el tablero para tratar de hacer funcionar el parlante del lado del conductor y se endereza en su asiento de cuero. Y



luego el mórbido espectáculo del corredor de abandono que es la calle 63 pasa apresuradamente mientras nos lanzamos hacia Stony Island Avenue bajo la oxidada línea del tren elevado.

Curtis: En una época, podías conseguir *cualquier cosa* en todo este barrio –Quiero decir, era como el *centro* de la zona sudeste. Lo que quiero decir, (entusiasmado) hablo de Buster Browns, eh, Mc Donalds, Burger King, eh, Kenny Shoes, A&P's, quiero decir, quiero decir, *lo que quisieras*, lo podías encontrar por todas partes aquí. Sólo, quiero decir, esta solía ser una *zona de moda* en los sesentas, o al principio de los setenta. Si, este solía ser el lugar, justo aquí.

Louie: ¿Cómo es ahora?

Hoy está *caído*. Lo que quiero decir es, muchas cosas han cambiado. Puedes ver por ti mismo que todo está (sacude la cabeza) *la mitad de los edificios alrededor están tapiados*.

¿Qué tipo de cosas pasan justo aquí, en la calle 63?

Bueno, hay muchas prostitutas, pandilleros, tienes *vendedores de drogas, drogadictos* –digo (un poco a la defensiva) eso pasa en cada barrio, no estoy diciendo que sólo en este barrio, digo, tienes un poco por aquí.

Y es *malo para los chicos* lo que está pasando en el barrio, porque no tienen a quien admirar. Tienen gente como *estos tipos* (señala hacia un grupo de hombres que están pasando el tiempo en la entrada de una licorería) eso es *todo lo malo* que se puede admirar. Digo, ¿es todo lo que se les puede enseñar a un chico, a ser un vendedor de drogas o un drogadicto, o ser un proxeneta?

Ves tipos como estos, *pasando el tiempo* en la calle, *sólo* andando por ahí, *perdiendo el tiempo*, mendigando monedas y cosas así para comprarse vino. (Censurador) Es *malo*, ¿sabes? Que estos tipos, que arruinaron sus vidas y cosas así, sabes, o que no les *importa* demasiado, sabes, como va a ir su vida. Sabes, la mitad de ellos está en sus cuarenta avanzados, o treinta avanzados, y ya no les importa más, pero es malo que tengamos estos tipos acá, para que los chicos los tomen como ejemplo.

La gente que no sabe mucho sobre la zona Sudeste, pasan por aquí y ven esto, y la primera cosa que piensan (burlándose, poniendo una voz exageradamente temerosa) “*¡oh, no podré sacar mi auto!*” No dejaré mi auto. No quiero que mis chicos estén por aquí ni nada” sabes. *Pero* es algo para que ellos hagan. (Le toca bocina a un Cadillac azul que va a paso de tortuga frente a nosotros) Ves que todo está abandonado. Tratan de poner una lavadora y secadora allí (apunta hacia un edificio abandonado), un lavadero allí. Eso sería bueno para el barrio, para la comunidad.

Y mira aquí a la izquierda...



Es una tienda que vende alcohol, con otra tienda que está abandonada y que solía vender alcohol, ves a la gente yendo y viniendo por la calle con solo un deseo y una plegaria...

Sabes, *nunca puedes decir qué está en la mente de estos tipos*, qué hay en la mente de las personas aquí afuera, sabes: *están aquí para vivir, ellos viven el día a día*. Y sabes (estridente) *es maaaalo*, solo, solo, imagina que no tuvieras *un sueño*, o algo que estás tratando de lograr en la vida (acelera el paso) *te despiertas*, y tienes los dedos cruzados esperando que uno de tus amigos, o alguien que conoces venga y te golpee la puerta y sales y los ves que tienen un plan mejor (en una voz pasional, asqueada). Quiero decir, sabes, *¿tienes que vivir así todos los días!* ¿Esperar que alguien venga y te diga que ellos, que tienen una *idea para hacer dinero*, darte un par de dólares o algo sólo para emborracharse o ir a comprarse drogas y *flipar*? Digo, sabes, (su tono se vuelve atemorizado) digo, *¿puedes IMAGINAR vivir una vida como esa?*

Ahora, he visto muchos de mis amigos y cosas así, muchos tipos con los que crecí, muchos tipos, sabes, que han, que han envejecido antes que yo, veo muchos de ellos *usando drogas y traficando drogas* y hacen varias cosas para, sabes, asegurar su hábito. Conseguirles, sabes, algo de droga, o ponerles algo de dinero en sus bolsillos para tratar de cuidarlos.

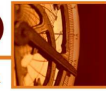
Sé que es la vida que ellos querían vivir pero yo *elijo* lo opuesto. (Acelera, como si le atemorizara nuevamente la mera posibilidad). Yo no pude, sabes, es un dolor de cabeza. No me podía despertar, *no podía verme a mí mismo levantándome cada día* y cosas así, levantándome y esperando encontrar alguien que, sabes, alguien que tuviera una idea para conseguir dinero, para ayudarme a conseguir algo de dinero o pusiera dinero en mi bolsillo para mí y mis hijos.

Los muchachos con los que creciste, ¿en qué se convirtieron?

Sabes, mi mamá me decía cuando ya tenía edad y eso, creo que alrededor de los catorce o quince años, ella decía habrá un momento en que veas muchos de tus amigos, algunos de ellos morirán, algunos irán a la cárcel. De verdad los veo, a muchos de ellos, como la mitad —bueno, la mitad no, eso sería estirlo bastante, pero muchos de mis amigos han muerto: *en las pandillas* o muchos de ellos *vendiendo* drogas, tengo muchos amigos vendiendo, traficando drogas, (su voz se eleva, no indignado pero colérico) *asfixiados por la droga, vendiendo cocaína* sólo para consumir otro tipo de droga, eh —ellos le llaman Karachi creo, es un sedante.

(Reduce la voz) Y muchos de mis amigos están en la cárcel. Algunos de mis amigos, digo, puedo contar con *una mano los amigos que sí terminaron la escuela* y sabes, siguieron sus carreras en, sabes, negocios eh, sabes, eso es sólo tratar de hacer algo con sus vidas. Los puedo contar con una mano. Pero todavía los veo, sabes, y hablo con ellos...

(Woodlawn, notas de campo, 17 de Octubre de 1990)



Las escenas de la desolación urbana y la desesperación social grabadas en esta conversación y capturadas por la fotografía de la portada de la calle 63, una de las fantasmales calles traspasan el ghetto negro de Chicago en el cierre del siglo, nos invitan a reflexionar sobre el vínculo entre el entorno existente, la estructura social, y la psicología colectiva. Más precisamente, apunta a la necesidad de elaborar teórica y empíricamente las conexiones entre la desolación urbana y la denigración simbólica en el centro urbano racializado de Estados Unidos y los variados territorios de relegación en las metrópolis dualizadas de las sociedades avanzadas (Wacquant, 2008): cómo la experiencia cotidiana de la dilapidación material, la exclusión etnoracial y la marginalidad socioeconómica se traduce a la corrosión del yo, la aspereza de los lazos interpersonales y el torcimiento de las políticas públicas hacia la mediación de cogniciones causticas fijadas a un lugar difamado.

El vínculo entre ecología, morfología, y representaciones fue un tema central en la escuela Durkheimiana de sociología, como quedó señalado en libros tales como el celebrado análisis de “efervescencia colectiva” en *Las formas elementales de la vida religiosa* de Emile Durkheim (1995), la audaz investigación de Marcel Mauss sobre las *Variaciones estacionales de las sociedades esquimales* (Mauss and Beuchat, (1979) y el estudio de Maurice Halbwachs (1958) sobre *Psicología de la clase social*. Pero raramente ha sido tratado frontalmente por estudiosos de inequidad urbana y pobreza. Desde Robert Park y Ernest Burgess a Louis Wirth y sus estudiantes, la escuela de Chicago propuso una correspondencia entre la morfología metropolitana y la psicología, con definidas “regiones morales” que se correspondían aproximadamente con la evolución étnica y clasista de la división del espacio en la ciudad norteamericana (Hannerz, 1980). Pero sus exponentes estaban tan decididos a luchar contra el profundo anti-urbanismo de la cultura nacional norteamericana a través de la elaboración de la noción de diversidad (sub)cultural, que le dedicaron poca atención a la sinergia negativa entre el deterioro material, la descentralización institucional, y la atmósfera mental de los barrios, a pesar de las explosivas tensiones raciales y las conflictivas



transformaciones de clase que enturbiaban las metrópolis bajo sus ojos. Aún más problemático, ellos ignoraron el rol del Estado como una agencia estratificante y clasificadora que ejerce una influencia dominante en el orden social y simbólico de la ciudad.

De un modo similar, los estudios clásicos de la crisis del ghetto negro durante y luego de los levantamientos de los años sesenta propusieron una desaprobación y depresión colectivas, pero ellos los vincularon principalmente al desempleo dominante y a la discriminación racial continua inflingida a los negros de clase baja (Clark, 1965; Liebow, 1967; Rainwater, 1970; Glasgow, 1980; Wilson, 1987) en lugar de a su entorno próximo socioespacial y su ambiente e imagen distintivas. En este sentido, convergieron con el resurgimiento de las aproximaciones marxistas y político-económicas sobre la disparidad urbana, que típicamente trataron las representaciones colectivas como eflorescencias secundarias o reflejos de las fuerzas materiales enraizadas en el reino de la producción y su disyunción del mundo de la “comunidad” (Katznelson, 1981; Harvey, 1989; Walton, 1993). Para los años noventa, el cuento académico de la “infraclass” tomó como axiomático que los pobres de la “inner city” fueran destituidos y abatidos –de hecho, en las versiones hegemónicas, la degradación moral de este segmento de proletarios urbanos no fue una consecuencia sino una causa de su situación. Pero ni documentaron ni relacionaron este estado mental al estado físico y social del ghetto desmoronado y sus determinantes estructurales. Con unas pocas, parciales e indirectas excepciones (por ejemplo, Bourdieu y Accardo, 1998; Snow y Anderson, 1993; Bourgois, 1995; Young, 2004; Gay, 2005; Jamoulle 2008), los observadores de paisajes del abandono urbano, prestaron poca atención a la valencia simbólica y al tenor psicológico del entrapamiento en la base de la jerarquía de lugares que componen la ciudad. Este ensayo es una invitación a llenar ese vacío.

El yermo y brutal paisaje que aparece en el comienzo del artículo está ubicado en Woodlawn, apenas doscientos metros de distancia de la Escuela de leyes de la Universidad de Chicago, pero como si fuera a mundos de distancia de esta, y a unas pocas cuadras del gimnasio de boxeo que funcionó como un



espacio para el componente etnográfico de dos estudios integrados, uno sobre una antropología carnal del pugilismo como arte corporal plebeya, llevado a cabo entre 1988 y 1991, y el otro una sociología comparativa de las dinámicas y experiencias de la marginalidad urbana en el ghetto negro americano y la periferia urbana de Europa Occidental extendida durante la década siguiente (Wacquant, 2004, 2008). Esto ofrece un atisbo de la *dilapidación física*, la *descomposición social* y la *increíble despoblación* que fueron los primeros rasgos palpables de la vida cotidiana en el hiperghetto estadounidense de fin de siglo. Entre 1950 y 1990, las cifras de habitantes de Woodlawn cayeron de 81,300 a apenas 27,500, así como su composición étnica osciló de 62% de blancos a 98% de negros². El número de viviendas se desplomó aceleradamente, de 29,616 a 13,109, con al menos un quinto de las estructuras sobrantes vacantes, debido a las olas de abandono de edificios, incendio intencional, y demolición. Dado que tanto el salario del mercado laboral como el estado de bienestar se retrajeron en el área en los comienzos de los furiosos disturbios de 1968, respondiendo al asesinato de Martin Luther King, la involución económica y la desertificación organizacional comenzaron. La declinación y muerte de cientos de establecimientos comerciales, sociales y culturales, desde negocios de máquinas hasta barberías, pasando por hoteles y burdeles, teatros y restaurantes, iglesias y bancos, tiendas de indumentaria y guarderías para niños, volvió un barrio vibrante un espacio urbano devastado y doblemente segregado por raza y clase. La animada arteria comercial de la calle 63 mutó hacia una lúgubre franja moteada con las calcinadas carcasas de tiendas, edificios tapiados (hurgados por su metal, mobiliario, y ladrillos), y lotes vacantes sembrados de hierbas, vidrios rotos, y basura³. Extendiendo el saqueo del “Nuevo Federalismo” dictado por Washington después de 1980, la política de la ciudad se desvió de apoyar a los residentes y los distritos de clase baja para atraer a las corporaciones e incrementar las comodidades para las clases medias. La subsiguiente caída de los servicios públicos en el centro metropolitano socavó las instituciones centrales para las estrategias de preservación de los pobres urbanos (Sánchez-Jankowski 2008), dejándolos atascados en un desempleo endémico, la pobreza aplastante, y el crimen



creciente, mientras el comercio predatorio de la calle creció para llenar el vacío dejado por la caída de la economía formal.

¿Cómo impactaron las conciencias de sus residentes las racialmente inclinadas fuerzas económicas, demográficas y políticas que se combinaron para destripar la antigua y orgullosa “Metropolis Negra” de Chicago (Drake and Cayton, 1962), dejándola en un estado de abandono infraestructural e institucional e impensable en las ciudades occidentales europeas? (véase Kazepov, 2005, para comparar). La descripción de Curtis sobre la calle 63 indica cómo la desolación urbana se traduce a una *desmoralización colectiva*, registrada en los sentimientos de abatimiento, temor, y rabia, así como en las desmesuradas tasas de malnutrición y obesidad (certificadas por la publicidad del “Gran Pescado”⁴), el alcoholismo y el abuso de drogas, la depresión y las diversas dolencias mentales detectadas en el hiperghetto. El desmoronamiento material del barrio no es más que la manifestación física del cierre repentino de la estructura de oportunidades, encarnada por los fantasmas sociales errando en las calles, para quienes la existencia se reduce a la mera subsistencia (“ellos están allí para vivir día a día”). La amputación de las oportunidades objetivas de vida, de una en una, colapsan el horizonte social de las esperanzas subjetivas, dejando poco lugar entre la completa desesperación (“sólo *imagina* no tener *un sueño*”) y el onirismo, representado, en el sentido legal, por la masiva participación en la lotería estatal de Illinois y, en el sentido ilegal, por la distribución y consumo de narcóticos.

Los antropólogos del lugar nos han enseñado que el espacio público está cargado de significado cívico (Low y Smith, 2005). En este sentido, el mal estado físico y la dilapidación institucional del barrio sólo puede generar un perdurable sentido de inferioridad social al comunicar a sus residentes que son ciudadanos de segunda –o tercera- clase, indignos de la atención de los oficiales de la ciudad y del cuidado de sus agencias. Este mensaje de falta de valor es transmitido no sólo por los puentes desmoronados, las veredas rotas, los desagües goteantes, y por la corrugada mole de la línea de tren elevada que sería desmantelada unos años más tarde, sino también por el reemplazo gradual del bienestar social como tratamiento de la marginalidad por la gestión



punitiva a partir de la agresiva extensión de la policía, las cortes y la prisión al interior y alrededor del hiperghetto, llevando a tasas astronómicas de encarcelamiento para los negros de clase baja (Wacquant, 2009). Esto está reforzado por las imágenes publicitarias distintivas que dominan visualmente las calles. Carteleros que invitan a los transeúntes a encontrar socorro en el abrazo del alcohol pesado (“Improvisa con los hermanos: Colt 45”, “Pórtate mal: Canadian Mist”, “Sé genial: Smirnoff Vodka”); ellos les recuerdan su dilema económico actual y el sombrío destino que les espera a sus hijos (“Consiga un Trabajo – Llame ahora – 19 dólares”; “Sin escuela no hay Futuro”); y los invitan a acabar sus propios ulcerados problemas que deberían ser responsabilidad del gobierno (“Stop Black on Black Crime”⁵) o incluso a colaborar con su brazo represivo (“Salve una Vida: Denuncie al Traficante de Drogas de su Barrio”).

La ominosa pancarta bramando “La Adicción es Esclavitud”⁶ encima de una mano negra aferrada a unas píldoras, reactiva el deshonor histórico de la servidumbre y lo vincula sintagmáticamente con la desposesión urbana – excepto para sugerir que los abandonados de la “inner city” son culpables de su propia situación, en la medida en que su servidumbre se presenta como un producto, no de la subordinación hacia un patrón (blanco) influido por una maquinaria política indiferente, sino en una relación de uno a uno, de acuerdo con un tropo neoliberal de responsabilidad individual que se ha filtrado hasta la misma base del orden social (así cuando Curtis busca establecer su *bona fides* cívica exclamando acerca de los zombies de la calle atrapados en el vórtice de las drogas y la desesperación: “Esa es la vida que ellos quisieron vivir pero yo elijo lo opuesto”). Más aún, ambos, los blancos y el estado son una *presencia ausente* que aparece en la imagen a partir de la conjunción de invisibilidad empírica y responsabilidad causal.

El decrépito escenario físico, la irrestricta disfunción institucional, la absoluta desmoralización y el aura omnipresente de la indignidad colectiva que baña el hiperghetto se combinan para etiquetar a sus residentes con una “indeseada indiferenciación” cuyo “efecto desacreditante es muy extenso” (Goffman, 1963: 5, 3), esto es, un *estigma adjunto al territorio* que se le vuelve



superpuesto y redobla el estigma de raza y pobreza. Las personas entrampadas en distritos de perdición social ampliamente percibidos como verrugas urbanas, nidos de vicio y violencia en los que sólo los descartados de la sociedad tolerarían vivir, responden a la mancha asociada con vivir en *regio non grata* de sus metropolis desplegando cuatro estrategias de auto-protección simbólica⁷. La primera es la *distanciación mutua y la elaboración de micro diferencias*: repudian conocer gente a su alrededor y subrayan cualquier propiedad personal menor que pueda establecer separación de una población y un lugar que saben envilecido y que los envilece. La segunda estrategia es la *denigración lateral*, que consiste en adoptar las representaciones vituperadas que toman los de afuera y aplicarlas al propio vecino, transmitiendo efectivamente y reverberando la desdeñosa mirada que la sociedad apunta a sus parias urbanos (“estos tipos, se complicaron sus vidas o no les importa demasiado acerca de cómo será su vida”). Una tercera reacción al vilipendio especial es *retirarse al interior de la esfera privada* y buscar refugio en una restringida economía social y moral hogareña, mientras que una cuarta es *abandonar el barrio* tan pronto como uno obtenga los recursos necesarios para partir (como quedó atestiguado en la emigración que cercenó la población de Woodlawn en un 30% sólo en 1980)⁸.

La degradación territorial y la difamación ejercen una nociva influencia sobre la estructura social de la marginalidad urbana a través de dos rutas. Primero, internamente, la estigmatización infunde desmoralización, y ambas convergen para animar a los residentes de los distritos del abandono a desasociarse de sus vecinos, encogiendo sus redes y restringiendo sus actividades conjuntas. Esta retirada social y desidentificación simbólica, de a poco, socavan la cohesión local, dificultan la movilización colectiva, y coadyuvan a generar el mismo atomismo que el discurso dominante reivindica respecto de las zonas de desposesión urbana como una de sus características inherentes. Segundo, en el frente externo, el estigma espacial altera la percepción y distorsiona los juicios y acciones de la ciudadanía circundante, los operadores comerciales, y los oficiales del gobierno⁹. Los de afuera temen entrar en el barrio y comúnmente imputan una amplia gama de viles



características a sus habitantes. Los negocios son reticentes a abrir locales o a proveer servicios para clientes de las “áreas peligrosas”. Los empleadores dudan sobre contratar postulantes quienes, viniendo de ellas, son irreflexivamente sospechados de ética laboral laxa y pobres estándares morales, llevando a una omnipresente “discriminación por domicilio”. Más contundentemente, cuando la degradación urbana y la devaluación simbólica se intensifican al punto en el que la relegación de barrios parece ser más que salvaje, proveen garantías a líderes políticos y burócratas estatales para desplegar políticas de contención, disciplina y dispersión agresivas que desorganizan aún más a los pobres urbanos bajo el pretexto de mejorar sus oportunidades –como se pudo observar, por ejemplo, con la campaña de “desconcentración” de las viviendas públicas lanzada en los Estados Unidos en los años '90 (Crump, 2002) y la política análoga de destrucción de grandes grupos de propiedades ahora en movimiento a través de Europa Occidental (Musterd y Andersson, 2005) que proponen una falsa solución espacial a los problemas económicos y políticos reales desestabilizando los distritos de clase baja.

Este ensayo ha propuesto que la psicología social del lugar opera como el diente simbólico de un engranaje, vinculando los determinantes macro de la política económica urbana a las opciones de vida y las estrategias de los más pobres a través de la mediación de las negativas representaciones colectivas de los distritos desposeídos que llegan a ser compartidos por sus habitantes, por los ciudadanos que viven a su alrededor, y por las elites políticas y administrativas que diseñan y llevan a cabo un abanico de políticas públicas y servicios que se orientan a poblaciones carenciadas. Esto apunta a la necesidad de estudios de campo detallados rastreando cómo el estigma fijado sobre los barrios relegados a través de las sociedades occidentales avanzadas –el hiperghetto en Estados Unidos, la degradada clase trabajadora de las *banlieues* en Francia, las “propiedades hundidas” en el Reino Unido, el *krottenwijk* en Holanda, etc.- tuerce el nexo de la ecología urbana, la morfología, y la psicología y de ese modo distorsionan el funcionamiento de las

instituciones que modelan el destino de los parias urbanos en la era de la creciente inseguridad social.

REFERENCIAS

BOURGOIS, Philippe. (1995). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press. [Trad. *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.]

BOURDIEU, Pierre y Alain ACCARDO. (1998). *The Weight of the World: Social Suffering in Contemporary Society*. Cambridge: Polity Press. (Versión original: 1993). [Trad. *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1999]

Chicago Fact Book Consortium. (1995). *Local Community Fact Book, Chicago Metropolitan Area*. Chicago: Academy Chicago Publishers.

CLARK, Kenneth B. (1965). *Dark Ghetto: Dilemmas of Social Power*. New York: Harper. [trad. *Ghetto Negro; los dilemmas del poder social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968]

CRUMP, Jeff. (2002). "Deconcentration by Demolition: Public Housing, Poverty, and Urban Policy." *Environment and Planning D: Society and Space* 20, no. 5: 581–96.

DRAKE, St. Clair and Horace CAYTON. (1962). *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*. Chicago: University of Chicago Press. (Versión original: 1945).

DURKHEIM, Emile. (1995). *The Elementary Forms of Religious Life*. Trans. and with an introduction by Karen E. Fields. New York: Free Press. (Versión original: 1912).

GAY, Robert. (2005). *Lucia: Testimonies of a Brazilian Drug Dealer's Woman*. Philadelphia: Temple University Press.

GOFFMAN, Erving. (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. New York: Simon & Schuster. [trad. *Estigma. La identidad deteriorada*, Maorrortu, Buenos Aires, 1993]



- GLASGOW, Douglas G. (1980). *The Black Underclass: Poverty, Unemployment, and the Entrapment of Ghetto Youth*. New York: Vintage.
- JAMOULLE, Pascale. (2008). *Des hommes sur le fil. La construction de l'identité masculine en milieux précaires*. Paris: La Découverte.
- HALBWACHS, Maurice. (1958). *The Psychology of Social Class*. London: Heinemann.
- HANNERZ, Ulf. (1980). *Exploring the City: Inquiries Toward an Urban Anthropology*. New York: Columbia University Press. [trad. *La exploración de la ciudad*, Fondo de cultura Económica, México, 1985.]
- HARVEY, David. (1989). *The Urban Experience*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- KAZEPOV, Yuri (ed.). (2005). *Cities of Europe: Changing Contexts, Local Arrangement and the Challenge to Urban Cohesion*. Cambridge, UK: Wiley-Blackwell.
- KATZNELSON, Ira. (1981). *Urban Trenches: Urban Politics and the Patterning of Class in the United States*. New York: Pantheon.
- LIEBOW, Elliot. (1967). *Tally's Corner: A Study of Negro Streetcorner Men*. Addison: Rowman & Littlefield.
- LOW, Setha and Neil SMITH (eds.). (2005). *The Politics of Public Space*. New York: Routledge.
- MAUSS, Marcel and Henri BEUCHAT. (1979). *Seasonal Variations of the Eskimo: A Study in Social Morphology*. London: Routledge & Kegan Paul. (Versión original: 1906). [Trad. "Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales", en MAUSS, Marcel *Sociología y antropología*, Tecnos, Madrid, 1979, pp. 360-430].
- MUSTERD, Sako y Roger ANDERSSON. (2005). "Housing Mix, Social Mix, and Social Opportunities." *Urban Affairs Review* 40, no. 6: 761-790.
- RAINWATER, Lee. (1970). *Behind Ghetto Walls: Black Families in a Federal Slum*. New York: Aldine Publishing Company.
- SÁNCHEZ-JANKOWSKI, Martín. (2008). *Cracks in the Pavement: Social Change and Resilience in Poor Neighborhoods*. Berkeley: University of California Press.

- SHARKEY, Patrick. (2008). "The Intergenerational Transmission of Context." *American Journal of Sociology* 113, no. 4 (December): 931-969.
- SNOW, David A. and Leon ANDERSON. (1993). *Down on Their Luck: A Study of Homeless Street People*. Berkeley: University of California Press.
- VERGARA, Camilo. (2003). *American Ruins*. New York: Monacelli.
- WACQUANT, Loïc. (2004). *Body and Soul: Notebooks of An Apprentice Boxer*. New York: Oxford University Press. (Versión original: 2000). [trad. *Entre las cuerdas. Cuaderno de un aprendiz de boxeador*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006]
- WACQUANT, Loïc. (2007). "Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality." *Thesis Eleven* 91 (November): 66-77. [trad. "La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada" *Ciências Sociais Unisinos*, setembro-dezembro, Universidad do Vale do Rio Do Sinos, Sao Leopoldo, Brasil, 193-199.]
- WACQUANT, Loïc. (2008). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge, UK: Polity Press. [trad. *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y estado*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007]
- WACQUANT, Loïc. (2009). *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity*. Durham and London: Duke University Press. [trad. *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Gedisa, Barcelona, 2010]
- WILSON, William Julius. (1987). *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*. Chicago: University of Chicago Press.
- WALTON, John. (1993). "Urban Sociology: The Contribution and Limits of Political Economy." *Annual Review of Sociology* 19: 301-320.
- YOUNG, Alford A., Jr. (2004). *The Minds of Marginalized Black Men: Making Sense of Mobility, Opportunity, and Future Life Chances*. Princeton: Princeton University Press.

* Originalmente preparado en inglés para la revista *Social Psychology Quarterly* (invierno 2010)



[Austin/Denver 28 February 2010 version]

Notas

¹ Traducción Alejandra Martínez. Revisión técnica de la traducción Diego Roldán.

² Todas las cifras en esta sección son seleccionadas y computadas de varias tablas y apéndices del Chicago Fact Book Consortium (1995), el cual en sí mismo depende de tabulaciones geo-codificadas de datos provenientes del censo de 1990.

³ Esta no es una particularidad de Chicago, como fue documentado por el increíble collage fotográfico de Vergara (2003) sobre las fantasmales ruinas de los ghettos de New York, Newark y Camden (New Jersey), Philadelphia, Baltimore, Gary (Indiana), Detroit y Los Angeles.

⁴ N. de la T.: se refiere a la imagen de la primera página el anuncio que indica “The Big Fish” (El Gran Pescado).

⁵ N. de la T.: el término se refiere a los delitos cometidos por gente de raza negra, en contra de víctimas que también son de raza negra. Se traduciría como “ponga fin a los delitos de negros contra negros”.

⁶ N. de la T.: véase en la imagen en la primera página el anuncio que dice “Addiction is Slavery” (La adicción es esclavitud).

⁷ Véase Wacquant (2007) por una discusión sobre estigma territorial —en contraposición a lo que Erving Goffman caracteriza como estigma moral, y tribal—y de los espinosos dilemas que crea para reclamos colectivos y formación de grupos entre los precarizados urbanos.

⁸ Esta es sólo una solución temporal o aparente: las familias subproletarias que abandonan sus agotados distritos en la ciudad Estadounidense no van muy lejos en el espacio social y físico. Ellos típicamente se reubican en un área adyacente o en otro lugar que soporta propiedades ecológicas, económicas y demográficas similares (Sharkey, 2008).

⁹ “Creemos que la persona con un estigma no es del todo humana. Sobre este supuesto, ejercitamos una variedad de discriminaciones, a través de las cuales efectivamente, aunque a menudo no premeditadamente, se reduce sus oportunidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología, para explicar su inferioridad y para dar cuenta el peligro que representa (Goffman, 1963: 5).

Fecha de envío: 30 de noviembre 2010. Fecha de aceptación 30 de marzo 2011.